

un don

betsy drake con cary grant



Juan en apuros

EL TERCER DIVORCIO DE CARY GRANT

Cuando se hundió el "Andrea Doria", Cary Grant estaba en Madrid. Había venido a rodar "Orgullo y pasión" y todos los periodistas fuimos al hotel para que nos diese noticias de su esposa, Betsy Drake, que viajaba a bordo. Cary Grant nos enseñó un telegrama enviado por ella. Su esposa estaba bien. Le preguntamos si vendría a Madrid. El actor dijo que no. A pesar de la preocupación que le produjo la noticia del accidente, todo volvía a estar en orden con aquel simple telegrama.

Estaba, pues, claro que el matrimonio marchaba mal. Cary Grant, con psicología de solterón, había rechazado por tercera vez el "régimen matrimonial". Pero quedaba en pie su inmarcitable sonrisa cinematográfica. Estábamos a finales del 56 y todavía Ray Austin era, a la distancia, el sumiso chófer de la señora Grant. Poco después, a su regreso a los Estados Unidos, la actitud de Grant cambió. Su esposa y él firmaron un documento y el actor inició la demanda de divorcio. Ahora, cuatro años después, el documento ha vuelto a ser exhibido. Es Betsy Blake la que ha pedido la separación de Cary Grant, el otoñal perpetuamente niño entre los grandes donjuanes de Hollywood.

LA petición de divorcio que el abogado Frederik Leopold ha presentado en el tribunal superior de Santa Mónica en nombre de su cliente la señora Betsy Drake, va acompañada de una declaración firmada por los dos interesados. En ella se dice, entre otras cosas: «Nos hemos amado mucho, pero nuestro matrimonio no nos ha proporcionado la felicidad duradera que esperábamos».

Claro que el abogado Leopold ha olvidado deliberadamente explicar que esta declaración fue firmada el 29 de octubre de 1958, fecha en la que Betsy Drake y Cary Grant, después de nueve años de feliz matrimonio, decidieron separarse.

Continúa el viejo documento, dado hoy como algunas películas repuestas con distinto título: «Hemos tenido y tendremos siempre un profundo y un gran respeto el uno por el otro. No obstante, no teniendo hijos necesitados de nuestro afecto, podemos separarnos sin remordimientos. Pedimos a nuestros amigos ser comprensivos con la decisión que hemos tomado».

Los amigos fueron comprensivos. Sólo uno demostró una agitación que le originó numerosos disgustos. Pero quizá Cary Grant no le consideraba un amigo. Su nombre es Ray Austin.

Por su parte, en la petición de divorcio Betsy acusa al marido Archibald Leach, en el cine Cary Grant, de «gran crueldad mental» y de haberle proporcionado «graves sufrimientos morales y mentales».

el cóler del escándalo

Pese a que se ha resucitado la vieja declaración conjunta, los motivos de hace cuatro años han cambiado. En 1958, no fue Betsy quien pidió el divorcio, sino Cary. «Estoy obligado a dar este paso por culpa de mi mujer», decía en su demanda, «y pido que sea citado como testigo Raymond Austin, a fin de que pueda declarar sobre sus relaciones con la señora Betsy Drake».

Raymond —Ray para los amigos— Austin tenía entonces veintiséis años y hacía dos que trabajaba como guardia de corps y chófer de Cary Grant. Atendía su trabajo con interés, pero como Grant estaba con frecuencia ausente por razones cinematográficas, acabó por estar al servicio de quien se quedaba en la villa de North Hollywood, la señora Betsy Drake.

Jugando con fuego es fácil quemarse; Ray no fue una excepción. Se enamoró de Betsy, que lo trataba más como un amigo que como un empleado.

Después de haber sido anunciado el divorcio, Ray Austin confesó su amor, pero defendió enérgicamente el buen nombre de la señora Drake, afirmando que siempre le ocultó su pasión. La señora no hizo declaraciones, pero Austin fue despedido y regresó a Inglaterra, donde le esperaban su mujer Dorothy y dos hijos. Pocas semanas más tarde intentaba suicidarse, tomando veinte pastillas de somnífero.

Sin embargo, Dorothy hizo una declaración de solidaridad con el marido, afirmando que estaba por encima de cualquier sospecha: Ray Austin era un buen padre y un marido ejemplar. ¿El envenenamiento? Había sido un error, una dosis excesiva para librarse de un molesto dolor de cabeza. Pero la verdad es que poco tiempo después se separaron en secreto sin que apareciese la noticia en los periódicos.

Aparentemente, Betsy Drake había quedado fuera de aquel asunto. Cuáles fueron sus argumentaciones, no se han podido saber, pero seguramente fueron convincentes. Hay quien dice que echó en cara a Cary una conducta no del todo ejemplar para un marido serio. Cualquiera que fuesen, de improviso, el actor desistió de su demanda de divorcio y todo el aparato jurídico se detuvo.

cansada de la soledad

Desde que se separaron, Betsy ha vuelto a ver a Cary una o dos veces con motivo de recepciones. Parece que Betsy no ha aprovechado la recuperada libertad, mientras que Grant ha abusado de ella.

¿Son los repetidos flirts del marido lo que molesta a Betsy? Es más fácil pensar, como se hace en Hollywood estos días, que Betsy se ha cansado de la soledad y desea cambiar su vida.

Acaso un hijo hubiera resuelto muchas cosas, pero Cary no ha tenido hijos de ninguno de sus tres matrimonios. Se casó por primera vez, en 1934, con Virginia Cherrill, la ciega de la película de Charlot «Luces de la ciudad»; después le tocó la vez a la heredera Barbara Hutton, coleccionista de maridos. En fin, en 1949, durante un viaje de regreso de Europa, Cary conoció en el trasatlántico a Betsy. Ella tenía veintiséis años,

una figura esbelta de modelo (lo había sido algunos años) y una cultura fuera de lo corriente (le hubiera gustado ser escritora).

Se casaron en Navidad. En vez de ayudar a su mujer a hacerse un porvenir en el cine, Cary se lo obstaculizó: no quería otra actriz en la familia. Después de alguna tentativa desafortunada, Betsy renunció; esta decisión pesó amargamente cuando llegó la hora de juzgar sus errores matrimoniales.

Pero había algo más. Lo peor comenzó como una broma unos meses antes de la separación. Una noche que Cary estaba con ella, Betsy se lamentó de aquella costumbre suya de fumar continuamente. «Pones irrespirable el aire», dijo cansada.

«¿Por qué no me ayudas a dejar de fumar», propuso él.

Betsy se acordó de ciertos experimentos hechos mucho tiempo atrás. «En el colegio —dijo— me divertía hipnotizando a las amigas y dándoles las órdenes más absurdas.»

«Prueba conmigo —propuso Grant—. Si lo logras, no fumaré más.»

se autohipnotizó

Y Betsy lo logró. Cary dejó de fumar, pero un nuevo vicio furioso se apoderó de él: quería conocer el secreto de aquellos fenómenos, compró libros, consultó psiquiatras, médiums y especialistas; fue a conferencias de ciencias ocultas. Puso tanto empeño que, al cabo de unos meses, se había hecho hipnotizador también él. Y lo demostró en su propia piel, autohipnotizándose durante una operación hecha para cortar una antiestética verruga de la cara.

Imponer la propia voluntad es una sensación agradable, da un gusto sutil y perverso que puede fácilmente bordear lo prohibido. Betsy comenzó a preocuparse.

«Me has de prometer que no usarás más este medio de sugestión», dijo al marido.

El se rió: «Sin duda tienes miedo de que haga confesar a Austin tus pecados secretos. Y fue el final, naturalmente.»

El expediente de divorcio no será ni largo ni difícil: la «crueldad mental» es una fórmula infalible. Cary Grant tiene cincuenta y ocho años y Betsy veinte menos: no son dos niños. Lo harán de tal manera, que sobre el naufragio de su matrimonio se hable lo menos posible.

GIACOMO BULGARI

